

## NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

---

---

SOCIEDAD ARGENTINA DE TEOLOGÍA, *Discursos científicos y discursos teológicos. Creer en el contexto de los nuevos saberes*, Buenos Aires, Ed. Agape, 2013, 434 pp.

---

Los discursos de este atractivo libro de la SAT publicado por Agape, aunque muy actuales y bien conexos con las contemporáneas aperturas al diálogo, tienen lejanos precursores. En los Salmos ya encontramos *in nuce* el diálogo ciencia natural - teología. Podemos anotar "*Cæli enarrant gloria Dei et opera manuum Eius annuntiant firmamentum*" y muchos otros pasos. La reflexión del libro de la Sabiduría sobre el texto "*Pero Tú todo lo dispusiste con medida, número, y peso*" (Sb 11, 20) fue y sigue siendo de gran significación para muchos científicos creyentes. Con singular penetración, el mismo libro sostiene, "*por la grandeza y belleza de las criaturas por analogía se recono-*

*ce el Autor*" (Sb 13,5), pensamiento que resalta también la perspectiva estética, asunto tratado por varios autores del libro.

En la teoría del *Big Bang* está la posibilidad haber encontrado el inicio del Universo insertado en el corazón de las ciencias naturales. Cuando el astrónomo George Smoot anunció en 1992 el descubrimiento de las encrespaduras en la radiación de fondo que aún nos sigue llegando del *Big Bang*, dijo que era "*como ver la cara de Dios*". Otro astrofísico, Joel Primack, cuya teoría había predicho el descubrimiento de esas encrespaduras, las denominó "*the handwringing of God*". Metáforas: tal vez inspiradas por la emoción de esa exploración de etapas cercanas a un momento sagrado.

El mensaje de Juan Pablo II al Padre Coyne, S.J. y astrofísico de fama mundial, mencionado en varios puntos del libro y eficazmente comentado por el Dr. Vergauwen y por el Dr. Florio en sus respectivos trabajos,

fue para mí una lectura del mayor interés. El programa de trabajo que formula Papa Wojtyła reconoce la función de las ciencias naturales y la investigación científica como nutrientes de la teología natural. Elementos de la cultura contemporánea que pueden enriquecer el pensamiento católico. Cuestiones que estimulan el avance de esa parte de la teología que aprecia las ciencias de la naturaleza como estudio de la obra de Dios. Trabajo que necesita el aporte de los dos discursos teológico y científico, objeto del libro, encuentro respetuoso y sobre todo amistoso, según el feliz auspicio del Dr. Vergauwen, independientes cada uno en su esfera pero abiertos a la comprensión del otro.

Me limito a dos ejemplos que me son familiares, de diálogo a la vez riguroso y fructífero. Edmund Whittaker, un gran físico-matemático del siglo XX, en su libro *Space and Spirit* de 1947, vuelve a examinar los argumentos clásicos sobre la existencia de Dios a la luz de las nuevas teorías de expansión del universo y de la física cuántica. Se trata de un estudio profundo, realizado por un científico creyente, de las cinco vías de acercamiento a Dios de Santo Tomás. Un aporte a la teología desde la ciencia física.

En la otra vertiente, Thomas F. Torrance un destacado teólogo protestante que conocí en 1995, examinó varias cuestiones físicas de la mayor importancia y puso en luz su relevancia teológica, en especial mediante una revalorización del realismo en las ciencias. Cuestiones tratadas en su original y penetrante libro *Senso del Divino e Scienza Moderna*, publicado por la *Libreria Editrice Vaticana* en 1992.

En el libro de la SAT se enfrentan cuestiones relacionadas con los fundamentos de la ciencia. En particular el Dr. Vicuña trata la vida y la biología molecular. El Dr. de Asua considera los enfoques reduccionistas de la vida. Dos trabajos a los cuales vale la pena dedicar atenta lectura.

El positivismo, el naturalismo, junto con el fisicalismo, corrientes con cierta difusión en la comunidad académica, se cierran a lo trascendente y lo niegan. Su horizonte está limitado por la experiencia empírica. Estas visiones del mundo son esencialmente hipótesis de carácter metafísico o meta-científico. No son demostrables dentro del ámbito del quehacer científico y son equivalentes a abrazar una creencia.

Por otro lado, algunas tendencias de la filosofía de la ciencia contemporánea y otras co-

rrientes de corte sociológico, sostienen que también las ciencias naturales son meras creencias. Proclaman que son algunas más de las tantas creencias que ha sustentado la humanidad a través de la historia. Desde este estrecho punto de vista, la ciencia es también una suerte de creencia porque, empleando el término demostrar en un sentido restringido, muchas cosas hablando estrictamente no se pueden demostrar, sólo son verosímiles.

Pero aún admitiendo que así sea, hay que reconocer que se trataría de una creencia bien fundada. Funciona muy bien, sus leyes se comprueban todos los días. Se ponen en juego en todo momento y su alcance se extiende hasta los límites del universo conocido. En tal caso podemos conceder que la ciencia es una fe pero de una especie muy particular, puesto que de hecho depositamos gran confianza en la solidez del conocimiento que proporciona. Subimos a los aviones, usamos el automóvil, nos sometemos a nuevas técnicas terapéuticas y análisis sin dudar. A través de sus aplicaciones técnicas, el conocimiento científico modificó el ambiente, la posibilidad de supervivencia de la humanidad, la sociedad y la vida en el curso de su evolución. Es difícil

pedir más a un producto de la frágil condición humana.

Una demostración en sentido estricto se da solamente en matemáticas, porque (como en lógica) se trata de la deducción rigurosa de proposiciones sobre la base de postulados elegidos como punto de partida. No existe prueba sin un acuerdo de aceptación de las premisas. En cambio en las ciencias naturales las cosas más importantes pasan justamente por el establecimiento de las premisas. Ese es también el momento crítico (y el más controvertido) en filosofía, porque las bases de reflexión filosófica que elige un pensador pueden ser rehusadas por otro y no existe un recurso de apelación al experimento como ocurre en las ciencias naturales. Por consiguiente, para emprender un diálogo fructífero sobre la naturaleza el problema central es el de establecer amigablemente premisas aceptables para los participantes de disciplinas muy diferentes.

La ciencia nos habla hoy del universo temprano y de su evolución temporal. Para una reflexión desde el punto de vista de la fe son importantes las consecuencias de la cosmología física que se agrupan bajo el nombre de principio antrópico. El debate

sobre el principio antrópico está señalando la improbabilidad - la dificultad de concebir - que la humanidad sea resultado fortuito de la evolución material del mundo. Lo que las ciencias dicen sobre nuestro origen, el desarrollo del universo y la aparición de vida humana, aparece como fruto del puro azar, sin ningún sentido intrínseco.

El ejercicio de la física se basa en una profunda fe de que la naturaleza se comporta racionalmente, de una manera repetitiva previsible. ¿Por qué existe esa sistemática en los procesos de la naturaleza? Para la ciencia, la inteligibilidad de la naturaleza es otro gran misterio.

“*La irrazonable [incomprendible] eficacia de la matemática en las ciencias naturales*”, tituló un célebre ensayo el gran físico y matemático Eugene Wigner. Es el misterio de la matemática como llave para la comprensión del universo.

El éxito sorprendente de la física-matemática no es solamente el redescubrimiento de categorías proyectadas por la razón humana sobre el mundo. Sin contar con las objeciones ya clásicas acerca de las geometrías no-euclidianas, la relatividad y la variedad de conceptos de “*tiempo*”

de la física, hay mucho más para destacar lo inadecuado de las explicaciones neo-kantianas.

En suma, partiendo de las ciencias reaparecen en términos actuales las cuestiones de la comprensibilidad de la naturaleza y la existencia de un orden que presagia una finalidad. Con los interrogantes citados ya tenemos muchos motivos para interesarnos por el encuentro de los dos discursos que dan el título a este libro. Cuya lectura, desde las conferencias y paneles hasta las comunicaciones, encuentro fascinante.

El Cardenal Newman observó con gracia alguna vez, que esperar ver el florecer de la religión a partir de la ciencia era como sentarse a almorzar habiendo elegido a los químicos por cocineros, mientras que los cultores de la mineralogía atienden el servicio de mesa. Entonces tenemos que poner atención también a las otras facetas del hombre. Las artes y las humanidades manifiestan y exploran facultades creativas que iluminan la condición humana y la vida emocional. Actividades admirables, fundamentales para la cultura de una sociedad, que son tratadas desde la perspectiva teológica en varios trabajos del libro.

También hay belleza en ciertos resultados científicos de especial valor. Pese a la desconianza que muchos sienten por la temida aridez de la matemática o la física, un experto en estas disciplinas puede sentir un gran placer estético al considerar el contenido y la forma acabada de algunos trabajos. Al fin y al cabo también para apreciar la música clásica hay que educar el oído y el gusto musical.

Por eso he leído con placer las comunicaciones del libro de la SAT dedicadas a temas de artes y humanidades. Destaco los trabajos que tratan la faceta teológica de la estética, leí con interés la comunicación de los doctores Avenatti y Florio y especialmente las comunicaciones dedicadas a varias cuestiones del *Cantar de los Cantares*. ¿Es solamente una metáfora del amor Divino o son himnos poéticos al enamoramiento de una mujer y un hombre? ¿Ambas interpretaciones son compatibles?

Me recuerda el tema del personaje de Beatriz en la Divina Comedia, que los comentaristas interpretan como metáfora de la teología. El asunto deja perplejo, porque en la *Vita Nuova Beatrice* es una mujer concreta de carne y hueso, tal que en un encuen-

tro casual el autor siente temblar sus piernas y enmudece: “*ogni lingua divien tremando muta e gli occhi non lardiscon di guardare*”. El *Cantar de los Cantares*, cuya intensidad poética y realismo todavía sorprenden a más de dos milenios, con aquel “*Nigra sum sed formosa*” inspiró muchas maravillas musicales y la de Monteverdi es mi preferida.

Me encantaron las referencias del libro de la SAT a Hildergarda de Bingen, mujer extraordinaria, ahora Santa. Cultora de la ciencia de su tiempo. Feminista (en un buen sentido) “*ante litteram*”, que en aquel mundo lejano se atrevió a proclamar en presencia del Papa de entonces, que Dios había hecho la mujer socia del hombre ¡No solamente “*ancilla*” sino “*socia*”!

FAUSTO T. GRATTON

---

GABRIEL RIVERO (COMP.), *El viejo Tello y la pastoral popular*, Buenos Aires, Patria Grande - Fundación Saracho, 2013, 222pp.

---

El padre Tello fue uno de los primeros profesores del clero diocesano de la Facultad de Teo-